

TEATRO

Por Juan GARCIA PONCE

POESÍA EN VOZ ALTA

CON EL ESTRENO de tres obras cortas de Elena Garro y una selección de la poesía satírica de Francisco de Quevedo, "Poesía en Voz Alta" ha compuesto su cuarto programa, que continúa fielmente la trayectoria que este grupo (el único formalmente constituido como tal en nuestro medio) se ha impuesto.

Después de cuatro programas con un elenco de actores perfectamente disciplinado y una idea clara y definida de las posibilidades que ofrecen las intenciones del grupo, es tiempo ya de examinar globalmente cuál ha sido el resultado de este esfuerzo.

En el primer programa se escogieron: la "Egloga IV", de Juan del Encina; la "Farsa de la Casta Susaña", de Diego Sánchez de Badajoz y la "Escena de la Boda de Peribañez", de Lope de Vega; y el "Teatro Breve", además de la escena de "El niño y el Gato" de "Así que pasen cinco años", de Federico García Lorca, junto con algunas canciones españolas del Renacimiento, colocadas a modo de entremés. Tres grandes épocas del teatro español sirviendo como elementos básicos para iniciar el experimento: devolver al teatro su verdadera condición poética. Y este propósito, que debe ser el de todo grupo teatral, no habría encontrado su realización satisfactoria si los directores de "Poesía en Voz Alta" hubieran recurrido a escuelas o normas pre-establecidas cuya consecuencia lógica no habría sido otra que la de una torpe imitación. Por primera vez un grupo mexicano se percataba de la interdependencia absoluta que exigen los elementos de composición en un espectáculo teatral, y así, los siete actores, el escenógrafo y el director se lanzaron a la búsqueda de un estilo propio, libre de prejuicios que fue reconocido de inmediato por su frescura y espontaneidad. El público aceptó encantado este nuevo tipo de teatro, en el que la palabra adquiría todo su significado y la dirección incorporaba un sentido creativo a las posibilidades escénicas.

La solemnidad de la "Egloga IV", la desorbitada alegría de la "Farsa de la Casta Susaña", y la impresionante belleza de la Escena de la Boda de Peribañez, no habían cesado de comentarse cuando la deslumbrante interpretación del Teatro Breve y la Escena del Niño y el Gato, de García Lorca llevadas al teatro por primera vez con la dignidad y riqueza imaginativa que su calidad requería, vino a superarlas.

Héctor Mendoza y Juan Soriano demostraron que formaban un insuperable equipo, y los actores los respaldaron eficientemente.

La primera parte del segundo programa estaba formada con tres obras francesas de autores de vanguardia. La primera de ellas "El canario", de Georges Neveux (ya antes habíamos visto en uno de nuestros teatros representada la farsa "Queja contra desconocido" de este mismo autor y habíamos leído en la revista

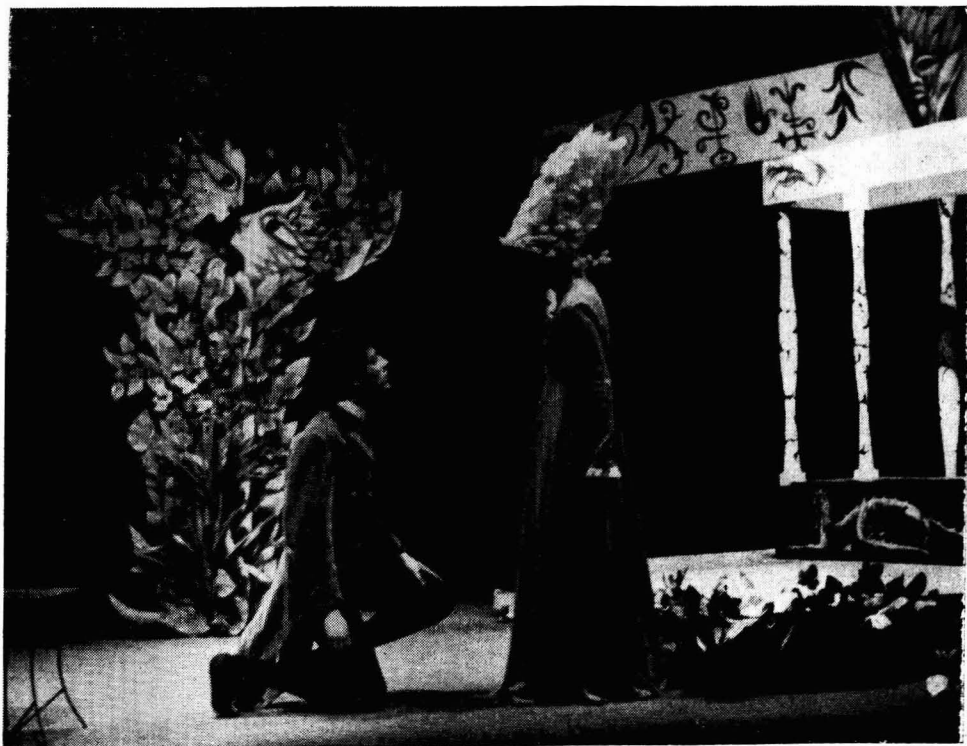
Prométeus su "Julietta o La clave de los sueños"), es una obrita dulzona, de sabor melancólico, que nos recuerda un poco las piezas cortas de García Lorca. Un telón de tela a cuadros era la fachada de dos casas y dos personajes, el señor y la señora (Héctor Godoy y Rosenda Monteros), se movían casi en el prosenio y conmovían los pequeños corazones de los sentimentales. El canario era un pajarito de hojadelata que volaba prendido de un listón amarillo y hacía reír de contento a los espectadores. Era una pequeña pieza agradable de ver y de oír.

La segunda de estas obras cortas era una sátira al teatro romántico y a sus innumerables apartes. "Oswaldo y Zenaida" o "Los apartes", de Jean Tardieu. Esta obra es una de las muchas, que bajo el título de "Piezas de Cámara" editó Gallimard. Es un juguete de texto divertido aunque pobre, pero con el cual Héctor Mendoza y Juan Soriano se apuntaron uno de sus éxitos más recordados. Tara Parra y Carlos Castaño parecían dos muñequitos de cuerda que saltaban y se movían con una gracia y una precisión increíbles, arrancando risas y aplausos a un público verdaderamente encantado.

"El salón del automóvil", de Eugene Ionesco era la tercera de estas pequeñas muestras de teatro francés de vanguardia. Esta obra estaba originalmente escrita para radio; pero "Poesía en Voz Alta" la adaptó a la escena sin alterar para nada el texto. Es un crítica llena de gracia e ingenio, el absurdo argot cotidiano del rito de la compra-venta. La escenografía



Farsa de la Casta Susaña — "¡Oh qué hermosa mujer! ¡Oh que angelica figura!"



La hija de Rapaccini — "¡Condenados a vernos sin jamás poder tocarnos!
¡Condenados a no saber de nosotros!"

—Fotos R. Salazar

estaba hecha con trastos que nos parecía una especie de autos-personas sobre una cámara de color plomo. El movimiento escénico subrayó el absurdo cómico del texto. Esta pieza descencertó a ciertos públicos y a otros los desternilló de risa en sus asientos.

La segunda parte de este programa era la pieza de Octavio Paz basada en un cuento de Nathaniel Hawthorne, "La Hija de Rappaccini". La producción de esta obra no correspondió al lenguaje maravilloso y a las situaciones exquisitamente poéticas de la obra. Uno en realidad no podía decir que la escenografía, o el vestuario, o la dirección, o la música o la actuación fuesen malos. Cada uno de los elementos era bastante bueno tomados por separado, pero no se correspondían. En general, fue un buen intento que no alcanzó a cuajar.

Para el tercer programa se escogieron dos autores clásicos, pero de estilos opuestos: una selección del "Libro de Buen Amor", del Arcipreste de Hita —la alegría de vivir, el abigarrado mundo de la Edad Media— y la "Cena del Rey Baltasar", de Calderón de la Barca —el arte católico, conceptuoso y barroco de los Siglos de Oro.

Las obras estaban absolutamente dentro de la intención que el grupo se ha marcado. Dos formas de lenguaje: el llano y primitivo del Arcipreste y el barroco-teológico de Calderón. Pero siempre la Palabra, la gran poesía presidiendo la escena. La interpretación fue precisa, excelente. Se escogió una escenografía solar en la que actores-símbolos se movían con la solemnidad de la misa —Calderón— o en la que cantaban, bailaban, gozaban, con toda la alegría que el Arcipreste puso en su texto. El vestuario recordaba los ropajes eclesiásticos ascéticos y al mismo tiempo solemnes en "La Cena del Rey Baltasar" y en el "Libro de Buen Amor" un uniforme abstracto convertía a los actores en voces del poeta.

Para este programa Leonardo Velázquez compuso la música; una música que recordaba la de la época sin caer en el absurdo arcaizante y Richard Lemus sugirió con su batería los efectos de sonido necesarios para "La Cena del Rey Baltasar".

Ahora con su cuarto programa, "Poesía en Voz Alta" regresa nuevamente al punto de partida: clásicos y contemporáneos. Junto a la crueldad y cinismo de Quevedo, la gracia y la nostalgia de Elena Garro. La afinidad, guardando los límites, existe.

Las dos primeras farsas del programa llevan al espectador a través de un deslumbrante fuego de artificios al mundo noble y nostálgico de la autora. "Andarse por las Ramas", la primera de ellas, es una sátira. La razón enfrentándose a la poesía. Mediante un diálogo —ágil, humorístico, chispeante Elena Garro nos coloca de pronto, cara a cara, la soledad del poeta. La obra es alegre y sentimental, amable y amarga. El poeta sabe que bebiendo vodka puede llegarse al Neva, pero le es imposible compartir este conocimiento.

"Los Pilares de Doña Blanca", la segunda, es una especie de cuento infantil, en el que se demuestra que basta con desear las cosas para que estas existan; pero que pueden desaparecer ante la incredulidad. Doña Blanca, Rubi, la torre no son



—Foto R. Salazar

Los Apartes — "No me puse el vestido que le gusta a Oswaldo"

más que apariencias, sueños creados por los corazones solitarios de los amantes, por eso desaparecen ante la embestida del Caballero Alazán que se resiste a entregar el suyo.

La tercera pieza, "Un Hogar Sólido", es, teatralmente hablando, la más completa, la mejor estructurada de las tres. Con unos cuantos personajes, fuera del tiempo y del espacio, aislados en la intemporalidad de una cripta familiar, Elena Garro logra un impresionante cuadro de la vida mexicana. La inestabilidad, la falta de un sentido definido de las cosas y sobre todo la soledad adquieren su verdadera dimensión dentro de la autenticidad, mucho más pura que la de cualquier obra costumbrista, de este impresionante estudio psicológico, pero no por esto menos poético, de la realidad mexicana. Los muertos de "Un Hogar Sólido" desean, sueñan y recuerdan con toda la fuerza que les da el hecho de sólo poder referirse al pasado. Hacen reír y pensar y obligan al espectador a compartir con ellos su soledad y frustración.

Para lograr esta comunión entre público y actores, Elena Garro tiene principalmente, entre otras muchas cualidades, un especialísimo sentido del humor, un humor macabro, casi cínico que se alimenta principalmente con la forma satírica y burlona con la que el mexicano se enfrenta a la muerte. Frases como: "¡Qué gusto, hijita. Qué gusto que hayas muerto tan pronto!", dan una clara idea del tono usado por la autora para alejarse de cualquier sentimentalismo en el que tan fácilmente podía haber caído.

Las tres obras, a pesar de la disimilitud de los temas, están unidas por una idea fundamental: la soledad. A la autora le preocupa por sobre todas las demás cosas, la incapacidad que sus personajes —y éstos abarcan a casi todos los tipos de gente— tienen para comunicarse, para compartir sus penas y alegrías, para amar y ser amados, para construirse "Un Hogar Sólido". A través de los chistes se percibe siempre una nostalgia por algo muy indefinido e inalcanzable, pero indispensable para situarse en la realidad y vivir plenamente.

El lenguaje del que Elena Garro se vale para transmitirnos estas ideas es otro punto importante que es necesario señalar. Es un lenguaje con un profundo sentido poético, que se alimenta principalmente de giros infantiles, refranes y lugares comunes de la poesía popular, pero a los que la autora dota de un nuevo sentido, revalidándolos.

La selección de los poemas de Quevedo —realizada por Octavio Paz y Héctor Mendoza— es un intento de dotar de estructura formal, dentro de un cuadro plástico unitario, a una serie de escenas sueltas y un entremés. La selección no puede ser más afortunada. El Quevedo cínico y moralista; cruel y comprensivo y sobre todo gran poeta está íntegramente en estos fragmentos. Y la intención unitaria se logra completamente. Siguiendo las intenciones del autor el espectáculo resulta a veces cómico, otras aterrador e inclusive nauseabundo, pero siempre dentro de la línea satírico moralizante de este tipo de poesía. Nuevamente los ritmos de Richard Lemus subrayaron el texto, dando el tono sórdido que requerían los bailes.

(Pasa a la última pág.)

LIBROS

M. MERLEAN-PONTY, *Fenomenología de la percepción*. Fondo de Cultura Económica. México, 1957.

Fenomenología. He aquí algo que puede llamarse casi sin reservas un libro definitivo. Hace tiempo, me parece, que el existencialismo se había propuesto demostrar qué frutos podía dar en los campos más positivos. Con un libro como éste se hace evidente la fecundidad de un nuevo enfoque que pretende poderse aplicar a todas las ramas del conocimiento. No es extraño que este estilo de filosofar que es el existencialismo, cuyos primeros brotes fueron sobre todo psicológicos, encuentre en un libro de psicología una expresión tan congruente y clara.

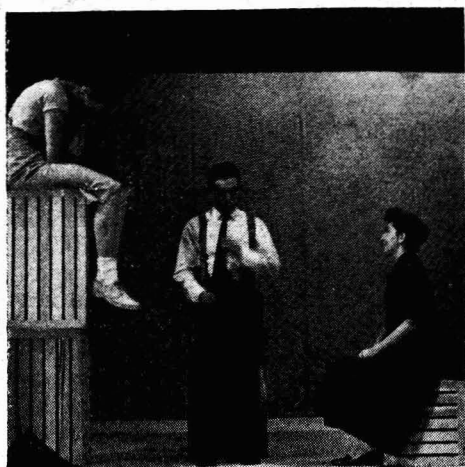
Entre nosotros este estudio adquiere además un interés especial: será proba-

blemente para muchos una reconciliación con esa fenomenología tanto y tan a la ligera prodigada. El movimiento se demuestra andando y la fenomenología describiendo. Y después de un libro como éste resulta casi increíble que sea ese mismo método el que sirva tan a menudo para enmascarar pensamientos deslavados o perezosos.

Por eso esta fenomenología no sólo nos aclara infinidad de problemas del tema que trata, sino también del método con que lo trata y de los supuestos generales en que se funda. La crítica continua, constantemente renovada y la ejemplificación, del análisis objetivo y del análisis intelectual nos da por fin esa idea clara, que tanto necesitábamos, del adelanto que supone el método fenomenológico.

Es cierto que algunos capítulos finales

POESÍA EN VOZ ALTA



—Foto R. Salazar

Andarse por las ramas — “Las siete y siete y siete y Polito no come su sopa de poros”



—Foto R. Salazar

Doña Blanca — “Préstame tu ardiente corazón. Caballero: Ahí va, bólico, cometa”

(Viene de la pág. 30)

La dirección de Héctor Mendoza es una de las más logradas interpretaciones escénicas dentro del tipo de teatro que el grupo se ha propuesto realizar. No se limita a seguir el texto sino que crea sobre él toda una nueva forma. Un teatro en el que la belleza visual es un valor independiente y audaz y en el que todos los movimientos recrean el texto, logrando una unidad entre la palabra y la plástica.

La escenografía de Juan Soriano, reducida a su mínima expresión se limita a prestar los medios necesarios para el correcto funcionamiento del texto. No debe ser otra su función y por esto puede decirse que es exacta y apropiada. El vestuario lo mismo cuando caricaturiza a los personajes que cuando simplemente los retrata subraya la realidad teatral sirviendo fielmente a las necesidades de las obras.

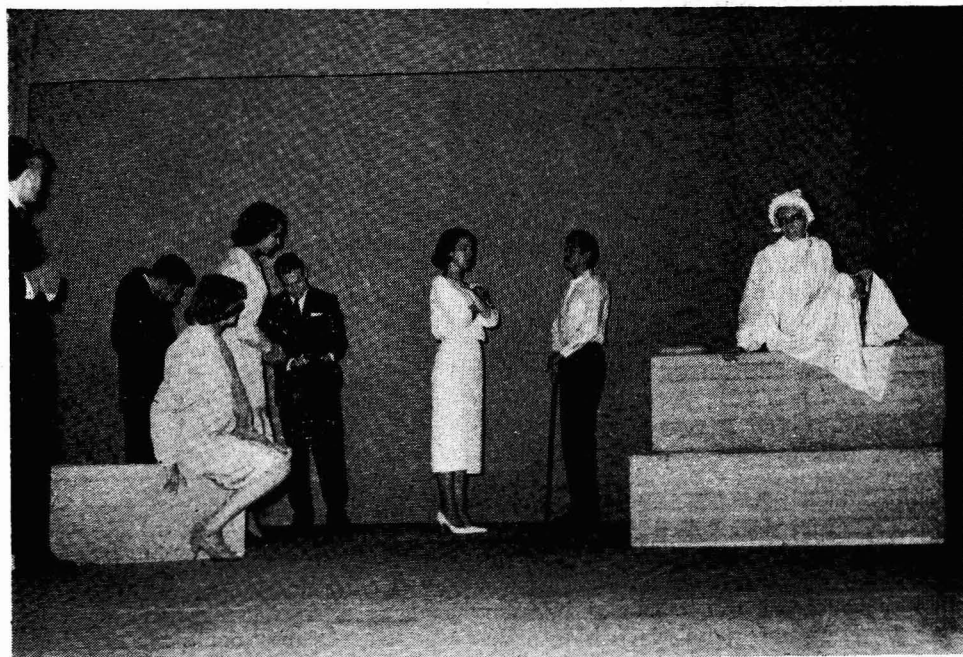
Los actores animados de un singular espíritu de grupo, sin afanes estelares y bajo la más severa disciplina aciertan en casi todas sus intervenciones. Destaca principalmente Carlos Fernández. Su Maestro y su Caballero de la Tenaza son una muestra estupenda de lo que puede hacer un actor cuando domina la voz y la dimensión escénica en la forma en que él lo hace. Tara Parra brillantísima en todas sus intervenciones, lo mismo que José Luis Pumar. Juan José Gurrola recrea magistralmente al machadesco don Clemente del “Hogar Sólido”. Enrique Stopen y Manola Saavedra convienen y convencen en Muni y Lydia de la misma obra. Carlos Castaño y Ana Ofelia Murguía sacan también todo el partido posible a sus papeles. Pina Pellicer extraordinaria como Maripizca la tamaña, en la “Vida Airada” y como Catita en “El Hogar Sólido”. Argentina Morales impresionante en la “Vida Airada” y muy bien Rosa María Saviñón y Juan Ibáñez. Pero importa sobre todo señalar que todo el grupo trabaja fundamentalmente como eso: un grupo organizado en el que todo se supedita a una labor general, de equipo.

Este es hasta ahora el desempeño de “Poesía en Voz Alta”. No puede ser más satisfactorio. Se ha creado por primera vez en mucho tiempo en México un grupo teatral de intención definida y logros más que eminentes. Esperamos que siga por este camino.



—Foto José Mendoza

La vida airada — “El: Si quereis alma, Leonor, daros el alma confío. Ella: ¡Jesús, qué gran desvarío, dinero será mejor”



—Foto R. Salazar

Un hogar sólido — “Gertrudis: Son los pies de Lydia. ¡Qué gusto hijita! ¡Qué gusto que hayas muerto tan pronto!”